

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Consolado y sostenido –
Estudiamos la 2. carta a los corintios – cap. 1:1-24
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**Consolado y sostenido –
Estudiamos la 2. carta a los corintios – cap. 1:1-24
(14 días)**

Día 1

2.Co. 1:1; Hch. 18:1-11

La iglesia en Corinto comenzó por la predicación de Pablo cuando casi estaba finalizando su segundo viaje misionero en el año 50 d.C. Pablo permaneció allí un año y medio para arraigar a los creyentes en la Palabra de Dios, y fortalecerlos en su comunión entre judíos y un gran número de gentiles convertidos.

Esa importante ciudad mercantil tenía para los creyentes una atracción muy peligrosa. Los logros económicos y la mezcla fascinante de pueblos la transformó en un “paraíso” para todos los que buscaban cultura, arte, satisfacción sexual y entretenimiento. Cinco años más tarde Pablo tuvo que escribir la primera carta a los corintios para corregirles su comprensión de la libertad cristiana y contrarestar los peligros de separación y falsa doctrina. Habían además aparecido apóstoles auto nombrados que predicaban un falso evangelio y socavaban su autoridad espiritual (2.Co. 11:4.5).

Por eso, en esta segunda carta a los corintios Pablo afirma repetidas veces su comisión divina. Ésta es un documento del ministerio apostólico: “Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios”.

Un apóstol en el significado específico del Nuevo Testamento es un testigo visual y ocular del Resucitado, un enviado autorizado por Dios (comp. 1.Jn. 1:1-3). A este grupo pertenecen los discípulos de Jesús y por su especial llamado también Pablo (1.Co. 15:9). De ellos recibimos el testimonio verídico de Jesucristo. Como seguidores de Jesús podemos entendernos como enviados de Jesús en el sentido más amplio (Mt. 9:38).

El llamado de Dios también pone límites. No se trata de auto presentación o auto realización, o de querer llevar a cabo nuestras propias ideas. El empleador decide acerca de las metas y contenidos. Al mismo tiempo el que la vocación y el envío provengan de Dios, significa un tremendo alivio. Dios mismo asume la responsabilidad por su causa. No tengo que vivir buscando logros, sino según el ministerio recibido y la promesa dada por el Señor. (Lea Jer. 1:7b.8a.)

Día 2

2.Co. 1:1; 1.P.2:17a

El conocido título de la carta “La segunda epístola del apóstol Pablo a los corintios” comprende sólo una parte del encabezamiento. Según 1.Co. 1:1.2 el autor de la carta y los receptores involucran un amplio grupo de personas. Ya con las primeras palabras se nos presenta la relación de hermandad y comunión de servicio. Se menciona al joven colaborador Timoteo como parte responsable por el contenido de la carta. Él también estaba involucrado en la fundación de la iglesia (Hch. 18:5), además era portador de la primera carta a los corintios (1.Co. 4:17). Así Pablo lo puede presentar como “nuestro hermano”.

Una y otra vez necesitamos la corrección de Jesús para ver a su seguidor que está a nuestro lado como “nuestro hermano” y no como un competidor contrario, como obstáculo o sobrante. Cada uno de nosotros necesita complementarse y no puede aprender el verdadero amor a Dios ni en la soledad, ni en las relaciones seleccionadas. “Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1.Jn. 4:20b).

“Los santos en Acaya”. Esta expresión involucra a todos los creyentes en esa provincia romana. Ese título “santos” no se refiere a una posición espiritual ganada por actividades o logros, sino que describe su pertenencia a Dios por la fe en Jesucristo. Los mencionados receptores de la carta más allá de Corinto nos demuestran como Pablo, a pesar de sus sentimientos personales y su confrontación con los corintios, tiene en cuenta a la gran comunidad de los cristianos. Sus comentarios no son una justificación como reacción a la crítica y los ataques, sino ayuda y consejo pastoral que valen hasta el día de hoy.

Además se nos recuerda a comprender nuestro servicio como parte de la gran comunidad de servicio cristiano en todo el mundo. “Involúcrame en tu compañía, oh Señor, en el grupo de tus seguidores, muéstrame la meta y su amplitud, y dame una visión clara aquí y hoy” (A. Pöttsch).

Día 3

2.Co. 1:2

Siempre encontramos de Pablo estas palabras de bendición al final de de la introducción de sus cartas. Ellas significan más que una simple fórmula. Son un deseo de bendición y también una promesa. La gracia y la paz son palabras céntricas de nuestra fe (comp. 1.Co. 15:10; Ef. 2:14).

“La gracia no es solamente perdón, sino el poder de vida, que abarca toda la vida, la sostiene y la forma. La gracia de Dios es la potencia por la cual tenemos la confianza que llegará a la meta aquello que comenzó en una persona. Sin esta potencia de la gracia nuestra vida con Jesús se habría marchitado ya hace mucho. Sólo por la gracia ha sido posible que la relación íntima con Jesús se mantuviera en nosotros, a pesar de todas las amenazas y peligros desde afuera y desde dentro” (E. Schnepel). Esto significa esperanza y da ánimo justamente también en situaciones problemáticas como las que había en Corinto.

La promesa de la paz de Dios nos recuerda otro don de Dios. Por medio de la muerte de Su Hijo, Dios mismo finalizó la situación de guerra que se había producido desde la caída del hombre en pecado, y que nos transformó en enemigos de Dios. Esa paz abre la comunión con Dios. Se refiere a esa firme unión y pacto de fidelidad, que sólo Dios puede garantizar y ningún hombre lo puede producir. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes” (Ro. 5:1.2).

Por ese pacto de paz podemos decir al todopoderoso, eterno y santo Dios “Padre nuestro”. Por la entrega del Hijo estamos dispuestos a reconocerle como “Señor”, al cual pertenece nuestra vida. En comunión con el Padre y con el Señor Jesucristo puedo confiadamente enfrentar este día desconocido y finalizarlo tranquilo, día que quizás pudiera haber sido insatisfactorio.

Día 4

2.Co. 1:3.4a; Sal. 73:26

¡Consolado! Pablo menciona una experiencia la cual añoramos cada uno de nosotros en algún momento de su vida: No podemos consolarnos a nosotros mismos. Necesitamos a alguien quien nos consuele. Oswald Chambers aconseja lo siguiente: “Si tienes delante tuyo una copa amarga, entonces tómalala en comunión con Cristo”. Pues en Cristo Dios nos consuela, Él es el Padre de misericordias.

Una enciclopedia explica: “Misericordia en el cristianismo es la manera de amor en la que uno se inclina a la miseria de otro y le ayuda”. ¡Qué buena descripción!, pues misericordia o compasión es la expresión que encierra esa “inclinación para ayudar”. La manera de amor de Dios es única. Su ayuda salva de la condenación eterna (Ef. 2:4-6), y Él es capaz de fortalecer y acompañar aún en las peores situaciones. Para este Padre celestial de cuya misericordia él vive y disfruta, Pablo no encuentra otro nombre más hermoso que el de “Dios de toda consolación”. Esta consolación es suficiente en cualquier situación. “El mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia, conforte vuestros corazones, y os confirme en toda buena palabra y obra” (2.Ts. 2:16.17).

También el Antiguo Testamento habla en muchas partes de esta experiencia personal de fe (comp. Sal. 4:1; 118:5; Is. 66:13). Nuestra relación padre-hijo se profundiza cuando en las situaciones precisas de nuestra vida lo involucramos al Señor y entregamos los problemas bajo Su responsabilidad. Quizás nuestros pensamientos los podríamos expresar en esta oración: “Mi Padre celestial, tú sabes lo que me preocupa y me quiere enfermar. Tú puedes entender mis pensamientos desde lejos, pero para alivio mío quiero decirte lo que me pesa y me preocupa: ... Amén.”

Día 5

2.Co. 1:3.4; 1.Ts. 5:14-18

A una joven viuda se le pregunta después de una grave enfermedad: “¿Qué te ha ayudado a aguantar tu sufrimiento, y te ha cuidado de no amargarte?” Su respuesta es la siguiente: “Yo visito regularmente a una mujer paralítica en nuestro pueblo, ella se alegra mucho cuando voy a su casa”. Ser consolado y dar consuelo se relacionan sorpresivamente en bendición mutua.

Así Pablo descubre agradecido lo “bueno” en la tribulación, que humanamente se podría valorar de forma negativa. “Con la consolación con la que somos consolados podemos dar consuelo a otros”. Dios puede concedernos esto en cualquier situación de tristeza. Pero la palabra que aquí se usa por tribulación y aflicción se refiere especialmente al sufrimiento por el Señor Jesucristo (comp. Mt. 24:9; Hch. 14:22).

Aquí habla el apóstol, que como testigo de Jesús, experimentó muchas veces estos sufrimientos sin quebrantarse o agotarse por completo, porque había recibido la divina consolación. Esto le motiva a no disuadir a nadie del discipulado, sino al contrario a invitarlo a seguir a Jesús. Nuestro Señor es un experto sin igual que puede transformar incluso lo malo en bien. “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien (Gn. 50:20; comp. Ro. 8:28).

En una carta leemos: “Es muy probable que hayas sufrido de otras personas desilusión y un trato injusto; que las tentaciones y tus faltas te atormenten y que los acontecimientos en el mundo te confundan. Pero a Dios no le sucede esto, porque él gobierna tanto las situaciones internas como las externas en el mundo con mano firme y soberana. Tú eres el objeto de Su insondable cuidado y Su profunda compasión. Ejercítate en la alegre serenidad de la fe, para que otros te pregunten: ¿Cómo es posible que estés tan confortado?”

Día 6

2.Co. 1:5-7; Jn. 15:20

Jesús nunca dejó en sus discípulos lugar a dudas de que el discipulado lleva por el camino a la cruz, al sufrimiento (Mt. 10:38). “¿Será posible ser partícipe del varón de dolores, sin Sus sufrimientos?” (W. de Boor) Pablo señala otra importante relación. “Si somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación”. Quizás Pablo piensa en su segundo viaje misionero, que pasando por varias situaciones de sufrimiento lo llevó hasta Corinto: maltrato y prisión en Filipos (Hch. 16:22-24), amonestaciones y expulsión en Tesalónica y Berea (Hch. 17:5.10.13.14) rechazo en Atenas (Hch. 17:32).

Si en estos lugares todo hubiera sucedido favorablemente, Pablo probablemente no hubiera llegado nunca a Corinto. La salvación, el mensaje de redención, no hubiera llegado a ellos. Entonces el sufrimiento por amor a Jesús nunca es una cuestión personal, sino que tiene influencia en la iglesia.

Deducimos: mi fe, mi discipulado, mi servicio, mis luchas no suceden en forma privada. El sentido y el significado no quedan solamente en mi persona. Podemos contar con una bendición encubierta y amplia, aunque no lo veamos con nuestros ojos naturales.

Así alienta Pablo a los corintios, a ver y soportar sus sufrimientos con paciencia. La paciencia en el sentido bíblico no se refiere a resignación, sino al aguante activo y consciente por el poder que Cristo otorga en el sufrimiento. Otra forma de aliento es la experiencia de sentir en el sufrimiento el consuelo. Dios que pone sobre nosotros cargas, también nos ayuda. Esto testimonia el probado y atribulado profeta Jeremías: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos” (Jer. 15:16).

¡Gracias, Señor, por esta esperanza!

Día 7

2.Co. 1:8-10; Ro. 4:17-22

Bien sabía Pablo de qué hablaba al mencionar tribulación, aflicción y consuelo. Él no predicaba una fe teórica, que funciona cuando uno piensa lo correcto y guarda ciertas reglas. La fe nunca será una propiedad sobre la cual pudieramos gobernar libremente. Aun siendo un creyente maduro no puedo apoyarme en una situación extrema en reservas de la fe o en ciertos métodos.

“Perdimos la esperanza de conservar la vida”. Tan profundamente puede ser probado también un apóstol de mucha experiencia, y con esto está de nuevo dependiendo de Dios por completo. ¿Cuál excesivo sufrimiento estará en la mente de Pablo? No lo podemos reconstruir. Aparentemente la iglesia en Corinto conocía de que se trataba. A Pablo no le importa mencionar detalladamente situaciones dramáticas de su aventura misionera. A él le importa el sentido de los acontecimientos. En realidad ellos sufrieron las situaciones no solamente por poderes y ataques del enemigo. Dios quería “que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos” (v.9).

La meta de Dios es transformar a discípulos en hombres de fe, hombres y mujeres que necesiten a Dios existencialmente y que cuenten con Sus posibilidades. El Dios de consolación es el Dios que resucitó a Cristo de los muertos (Hch. 3:15) y que también a nosotros nos resucitará (1.Co. 15:20-26).

Para el creyente la muerte no es lo último. Es la puerta de pasada a la vida eterna, a la comunión con Dios (Jn. 17:24). Pero también del peligro de muerte puede salvar el Dios viviente. Pablo pudo experimentar ese milagro. De él se puede decir lo que el biógrafo testifica de Ernst Vatter (1929-2012), director de una agencia misionera: “Él no creía porque experimentara milagros; él experimentaba milagros porque creía”.

Día 8

2.Co. 1.10.11; 1.Ti. 2:1-4

Pablo se encuentra esperanzado por la ayuda de Dios aun más adelante. Para esto cuenta con la intercesión de los corintios no como gesto de hermandad, sino como apoyo importante y efectivo. El versículo 11 se puede traducir: “Por lo cual vosotros participais junto con nosotros por medio de la oración”.

¿No es así que muchas veces subestimamos el poder de la oración? Por la intercesión participamos en lo que Dios obra en y con personas en forma misteriosa. Cuando Georg Taubmann, el líder del grupo Shelter-Now en Afganistán y Paquistán junto con otros siete cristianos se encontraban en la prisión de los talibanes, un amigo le escribió: “A veces ya no sé cómo debo orar. Una vez ruego insistentemente ante el trono de Dios que os libre de cualquier dolor y os saque en seguida a libertad y en otro momento oro pensativo: Padre, ¡qué se haga tu voluntad! La siguiente expresión me ayuda al orar: Las verdaderas respuestas a las oraciones no serán aquellas que recibamos en seguida a nuestros urgentes pedidos, sino aquellas que den la mayor honra a Dios. Yo sé que esto es lo que tú quieres. Por eso ruego ahora ante todo que la paz de Dios y la certeza de estar amparado en Él te sostengan, pase lo que pase”.

Lo que acontece tiene que servir para la honra de Dios. Esto conmueve a Pablo, y él ya está gozando de que muchos escucharán de los hechos de Dios y se lo agradecerán. Si nosotros queremos interceder ante Dios por otros sería bueno que no lo hagamos por mera casualidad; sino que por esta persona quiero orar regularmente en los próximos días y compartir con ella sus situaciones: ...

“Tenemos el santo privilegio ante Dios que podemos en cualquier momento y en cualquier lugar interceder por otros” (P. Deitenbeck).

Día 9

2.Co. 1:12.13; Ro. 14:10-13

Hasta estas líneas Pablo no había hecho recordar con ninguna palabra el hecho de que entre él y la iglesia existía una diferencia y pesada tensión. Pero ahora es tiempo de tocar este delicado punto; pues los críticos habían suplantado su autoridad en Corinto y juzgado sus palabras y hechos (1.Co. 9:1-3).

¿Será posible para Pablo hablar sin amargura de los hermanos como lo había hecho anteriormente y pedirles que intercedieran por él? Sí, él lo puede hacer. Ante Dios y su propia conciencia puede testificar de que no tiene motivos falsos o pensamientos de venganza. La práctica de su vida no se basa en la “sabiduría carnal o natural” que procura el beneficio propio.

A pesar de todos los ataques él se mantiene en una conducta sencilla, clara y precisa. También esta segunda carta demuestra su abnegado amor que busca el bien de los corintios. Pablo no se quiere alabar a sí mismo. Es la gracia de Dios quien libera y transforma a los hombres. ¿Acaso ellos confiarán en el Señor?

Nos damos cuenta con tristeza que ellos aun detrás de las aclaraciones escritas suponen falsa diplomacia y pensamientos deshonestos. Pablo tiene que confirmarles de que pueden tomar sus palabras tal como están escritas. ¡Es grande el peligro de malentendidos y de causar daños!

¿Acaso nos encontramos a punto de rechazar o juzgar a alguien? Nuestro supuesto conocimiento de la naturaleza humana puede hacer que nos equivoquemos grandemente culpando a un hermano, si interpretamos mal lo que hace, en el caso de que él lo haya hecho con motivos bien aceptables ante Dios. Nuestro rechazo puede dañarlo mucho interiormente. La Palabra de Dios nos exhorta de otra manera bien distinta: “Considérate a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gá. 6:1b.2).

Día 10

2.Co. 1:13.14; 1.Co. 4:5

El “día del Señor” en el Antiguo Testamento es el esperado día de juicio sobre los gentiles (Is. 13:9-11) y sobre Israel (Sof. 1:4-7). En el Nuevo Testamento vemos junto con el mensaje serio de juicio (Hch. 17:31) de la iglesia, la mirada alegre por la unión con Jesús. (Lea 1.Ts. 4:15-5:2.)

Aquí Pablo no quiere señalar un final muy lejano, cuando los problemas se solucionen o dar un consuelo barato. Para él “el día del Señor” es una realidad de la fe que tiene su significado en el presente. Cuando Jesús regrese, en Su luz todas las cosas se aclararán. Entonces Pablo alabará aquello que la iglesia en Corinto había significado para su servicio de apóstol. Y entonces los corintios alabarán cuál regalo Pablo les había otorgado. El desagradecimiento, la desconfianza y las falsas suposiciones y acusaciones ya no tendrán ningún lugar.

La vida en espera del regreso del Señor “no nos distrae del presente, sino significa una ayuda liberadora para nuestro presente. Podríamos vivir mejor en mutua comunión, si nos trasladáramos en el espíritu al “día del Señor” y darnos cuenta de que estaremos ante el rostro del Señor y que cada uno haya sido motivo de alabanza y gozo para el otro. Pablo no menciona este día como uno que revelará todo con el dedo amenazador, sino que él esperaba de él una solución positiva y alegre de todas las aflicciones y tensiones” (W. de Boor). Lo que ahora está incompleto en nuestras relaciones y en nuestra fe, Dios lo perfeccionará (comp. Fil. 1:6; 1.Ts. 5:23).

“Señor tú percibes y ves lo que me angustia y me quiere frenar en mi caminar hacia la meta. Concédeme desde el temor y las limitaciones nuevamente la mirada hacia la meta. Ayúdame a ganar la batalla de la fe, hasta que llegue a la meta, donde los redimidos te podrán ver y mi boca te agradecerá eternamente “ (H. Winkel).

Día 11

2.Co. 1:15-18; Fil. 2:3-5

Pablo se refiere aquí a sus propósitos de viaje como los menciona en 1.Co. 16:5-7. Pero finalmente no se realizaron así. ¿Se le puede reprochar esta situación como una de falta de sinceridad?

Había pasado lo siguiente: Mientras que Pablo escribía la primera carta, él esperaba que los corintios se dejaran corregir y que la relación de confianza se pudiera reestablecer. Mas Timoteo le debe haber informado después de la entrega de la carta de los desarrollos alarmantes. Pablo se decidió hacer una visita relámpago, que tampoco trajo cambios favorables (2.Co. 2:1). A causa de un acontecimiento muy triste, del cual se habla en el capítulo 2 (2.Co. 2:5), Pablo cambió sus propósitos de visitarles y escribió con mucho dolor una carta acerca de lo acontecido, la cual no se conservó y se la llama “carta de lágrimas” (2.Co. 2:4).

Así que no es ligereza o descuido humano el motivo que hace cambiar a Pablo el plan de visitarlos, sino responsabilidad espiritual. Él no quería causar una separación completa por una prematura confrontación verbal. Su visita no hubiera fortalecido la comunión, sino más bien la hubiera destruido. Pablo actúa como consejero espiritual, que procura levantar puentes, no destruirlos. Pero él no pasa calladamente por encima de los problemas o por amor a la paz los hace desaparecer “debajo de la alfombra”.

Es muy peligroso si daños o problemas quedan callados por mucho tiempo, para aparentar una buena impresión. La comunión espiritual se puede realizar solamente a través de relaciones claras. “Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:1b-3). En esto nos ayuda y guarda el ocuparse de la Palabra de Dios, tanto en forma personal como en conjunto (Col. 3:16.17).

Día 12

2.Co. 1:19.20; Ro. 11:36

Estamos acostumbrados a terminar cada oración con un “Amén”. Por lo general ponemos así un punto final a nuestras oraciones, sin pensar en un significado más profundo. En el catecismo de Heidelberg aparece la pregunta: “¿Qué significa la palabra Amén?”

Amén quiere decir: ¡Esto es verdadero y cierto! Pues mi oración es escuchada segura y ciertamente, más de lo que mi corazón lo sienta, que todo eso lo pido de Él”. Esa explicación se basa en la palabra hebrea que significa: firme, seguro y válido. Nosotros podemos decir amén porque existe un Dios que es fiel y confiable. Su Hijo Jesucristo es la confirmación personal de todas Sus promesas (comp. Lc. 24:27; Ro. 15:8).

El verso 20a se debe comprender de manera doble. *En* Jesús está el Sí de Dios sobre todas Sus promesas, porque en Su persona ellas se cumplen. Además Jesús es el gran Sí que Dios dice acerca de nosotros. En Apocalipsis el “Amén” se transforma en Su nombre (Ap. 3:14).

“A mí no se me preguntó acerca de mi nacimiento, y a la que me dio a luz tampoco se le preguntó sobre su nacimiento. A nadie se le preguntó, aparte de Uno, y Él dijo ¡Sí!”, así escribe un contemporáneo y señala la gran verdad que nuestra vida encuentra en el Sí de Dios el sentido y el sostén.

Respecto a Jesús no tenemos que calcular un factor de inseguridad. El que llega a conocerle no tiene que temer que Él se arrepienta de Sus promesas o las retire. Jesús nos asegura que a pesar de la culpa podemos llegar a Él y recibiremos el perdón. Por eso Jesús es y seguirá siendo el centro de la predicación. Testificarle a Él y reconocerle, eso es alabanza a Dios. “Bendito su nombre glorioso para siempre, y toda la tierra sea llena de su gloria. Amén y Amén” (Sal. 72:19).

Día 13

2.Co. 1:21.22; 1.Co. 1:8.9

Pablo, Silvano y Timoteo han testificado a los corintios que Dios dice Sí a ellos en Su Hijo Jesucristo. En esto se basa también el Sí válido de ellos a esa iglesia, aunque los planes de viaje hayan sido postergados y pudiesen contradecir esta realidad. Pablo confirma en cuatro aspectos su comunión y relación con ellos, que se hace posible por medio del trino Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo:

- Dios nos confirma en Cristo. Fundamentalmente acontece esto en el momento de nuestra conversión. Aquí Pablo usa la forma gramatical del presente: “el que nos confirma”, queriendo decir que Dios no actúa una sola vez en nosotros, sino continuamente. Pues una relación viva se muestra en crecimiento. “Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (1.P. 5:10).
- Él nos ungió. Esta figura habla del llamamiento y puesta al ministerio de Dios, como aconteció en el Antiguo Testamento, por ejemplo con los sacerdotes y reyes (Éx. 28:41; 1.S. 15:1). Dios nos unge con el regalo de Su Espíritu (1.Jn. 2:27). Podemos servirle y anunciar Sus virtudes (1.P. 2:9).
- Él nos ha sellado. Un sello marca un objeto como la propiedad de la persona a quien pertenece el sello. Su Espíritu sella que somos propiedad e hijos de Dios (Gá. 4:6.7). El don del Espíritu Santo no es el colmo de un proceso de maduración, sino el equipamiento elemental para nuestra vida con Jesús. (Lea Ef. 1:13.)
- Él nos ha dado un anticipo. El Espíritu de Dios se compara aquí con un anticipo “las arras”, que en un negocio es la garantía de que se pagarán con seguridad las próximas cuotas (Ef. 1:14). Dios cumplirá todas las promesas que me ha dado. ¡Qué dignidad y amplitud se nos ha dado así a nuestra vida y nuestra comunión con otros creyentes (Ef. 2:10)!

Día 14

2.Co. 1:23.24; Ro. 15:13

Nuevamente Pablo habla de su visita postergada. Él sabe muy bien cuánto daño produce la desconfianza. De ninguna manera los corintios deben interpretar su actuar como un quiebre de la palabra dada. Él utiliza la forma de juramento ceremonial, muy usada en aquel tiempo: “Yo convoco a Dios por testigo sobre mi alma”, para corregir con toda seriedad la cuestión. “Por ser indulgente con vosotros”.

Esta razón Pablo no la usa por arrogancia espiritual, sino por convicción de que los creyentes en Corinto son responsables delante de Dios. Por eso descarta enérgicamente un rol de “señor”. Como Pablo se quedó en su lugar y no intervino con castigo por la actitud pecaminosa, los corintios tenían la posibilidad de actuar por su propia responsabilidad.

“La vida de fe siempre tiene que ver con una relación directa con el Señor mismo. Aún el miembro más débil en la iglesia de Jesucristo debe ser guiado de tal forma que pueda hacerse responsable de que él mismo está delante del Señor y debe dar cuenta de sí. Nuestra colaboración es solamente la de ser ayudante” (E. Schnepel).

Esta manera de ayudar a los hermanos para Pablo tiene mucha importancia: Nosotros colaboramos para vuestro gozo. Ya en el Antiguo Testamento leemos: “No os entristezcáis, porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza” (Neh. 8:10).

El gozo de la comunión viva e íntima con Dios produce fuerza para la vida. Los mensajeros de Jesús son portadores de este mensaje de gozo para el mundo perdido, desesperado y destrozado (Lc. 2:10). El gozo es una característica de fe auténtica (Gá. 5:22). El gozo puede crecer y madurar cuando alguien acepta y vive el evangelio y rechaza el pecado (Lc. 15:21). Pablo lucha intentando encontrar en su carta, junto con la iglesia de Corinto, llegar a este gozo mutuo de la fe y de paso nos anima y motiva también a nosotros.